

Y adiós, Juana, que extasiado,
del supremo bien que anhelo
voy en pos.
¿Quién será el desventurado
que sólo mirando al cielo
no halle á Dios?...

LXXVII

LA GRAN BABEL

A don Rafael Cabezas

I

Refiere el vulgo agorero,
que de los cantos del mundo
el *tarará* fué el primero
y el *tururú* fué el segundo.
Y hay quien cree que estos sonidos
de *tururú* y *tarará*,
son los últimos gemidos
que una lengua al morir da.
Oye, y al fin de esta historia,
¡dichosos, Rafael, los dos,
si al perder la fe en la gloria,
aun nos queda la de Dios!

II

A un romano un caballero
regaló un pájaro un día,
que, lo mismo que un Homero,
voces del griego sabía.
Y es fama que el patrio idioma
charloteaba con tal fuego,
que al pájaro todo Roma
le llamó el *último griego*.
Si con preguntas la gente
le importunaba quizá,
respondía impertinente
el pájaro:—*Tarárá*.
¿Qué es *tarará*?—preguntó
lleno el romano de celo.
Sofió un sabio, y contestó:
—¿*Tarárá*? Patria del cielo.—
Que á un sueño, hambrienta de fama
se agarra la tradición,

como un náufrago á la rama
prenda de su salvación.
Después de mucho aprender,
ni al cabo de la jornada
llegó el romano á saber
que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento
pudo asegurar un día
que era el pájaro del cuento
el que más griego sabía.

Y es que sin duda perece,
cual lo mezquino también,
hasta aquello que merece
de Dios y la historia bien.

III

Pues dando á esta historia cima,
refiere otra tradición
que siendo virrey en Lima
nuestro conde de Chinchón,

le regalaron un día
un loro experto en historia,
el solo eco que existía
de la peruviana gloria.

—¿Quién fué—le pregunta el conde—
el primer rey del Perú?—
Habla el loro, y le responde
en ronca voz:—*Tururú*.

—¿Sabremos qué frase es ésta?—
dice á un sabio el español.
Sueña el sabio y le contesta:

—¿*Tururú*? Patria del sol.

El pobre sabio aquí miente,
cual mintió iluso el de allá.
¿Quién renuncia fácilmente
á la ilusión que se va?

Toda lengua y toda gloria,
cumplida ya su misión,
se tiende sobre la historia
como un fúnebre crespón.

Pues lo mismo aquí que allá,
en Roma y en el Perú,
como el griego á un *tarará*,
llegó el inca á un *tururú*.

¡Paciencia! En queriendo el cielo
nuestras glorias eclipsar,
no nos deja más consuelo
que el consuelo de llorar.

IV

Muy pronto, Rafael, quizá,
por más que de ello te espantes,
cual Homero un *tarará*,
será un *tururú* Cervantes.

¡Cuánto los hombres se humillan
viendo el eclipse total
de estas estrellas que brillan
en nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está
brillando un vate cual tú,
¿dará fin en *tarará*,
ó acabará en *tururú*?

Corre el tiempo, y confundido
lo grande con lo pequeño,
juntos en perpetuo olvido
los une en perpetuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba,
pues ya sabemos los dos,
que allí donde todo acaba
es donde comienza Dios.

LXXVIII

TODO Y NADA

—¡Cuánta dicha y cuánta gloria!—
dije, entre humillado y fiero,
leyendo una vez la historia
del emperador Severo.

Y cuando á verle llegué
subir á Rey desde el lodo,
—yo, en cambio—humilde exclamé,—
no fui nada, y nada es todo.—

Mas con humildad mayor,
vi que al fin de la jornada
exclamó el emperador:

—Yo fui todo, y todo es nada.

LXXIX

LOS DOS CETROS

1860

A S. A. R. el Príncipe de Asturias (D. Alfonso XII)

I

Vine un convento á heredar,
y al mismo convento, anejo
un templo á medio arruinar,
donde hallé un santo muy viejo
encima de un viejo altar.

Cogí un bastón que tenía
de caña el santo bendito,
y dentro un papiro había
que, por don Pelayo escrito,
de esta manera decía:

II

—Escucha, lector, la historia
del postrer rey español,
y á los que amengüen su gloria
les ruego que hagan memoria
que hay manchas hasta en el sol.

Meses anduve cumplidos
del rey don Rodrigo en pos,
desde el día en que, vendidos,
fuimos en Jerez vencidos
los del partido de Dios.

Hallé al fin al rey de España
al pie de este santuario,
llevando un cetro de caña,
pobre pastor solitario,
rey de una pobre cabaña.

Y al verme, casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:
—Porque te estaba esperando,
no me hallo ya descansando
en los brazos de la muerte.

Llegué aquí desesperado,
cuando mi trono se vió
por traidores derribado...
¡Dios los haya perdonado
como los perdono yo!

Desde entonces, entre flores
vagando por los oteros,

recuerdan á mis dolores,
el cetro, amigos traidores,
la caña, mansos corderos.

Tú, elegido por mi amor
y mi heredero por ley,
escoge aquí lo mejor
entre este cetro de rey
y esta caña de pastor.

Sé humilde ó grande. Yo ahora
me quedo á ejercer, contento,
la virtud que el cielo adora,
que es el arrepentimiento
que en la sombra reza y llora.—

Dijo, y siguiendo el destino
de su alegre adversidad,
lleno de un fervor divino,
tomó Rodrigo el camino
de la eterna soledad.

Yo, Pelayo, os doy la historia
del postrer rey español,
y á los que amengüen su gloria
les ruego que hagan memoria
que hay manchas hasta en el sol.

¡Dios eterno! ¿y de esas flores
he de dejar los senderos,
recordando á mis dolores
el cetro, amigos traidores,
la caña, mansos corderos?

¡Sí!, que aunque mi alma cansada
tomaría de buen grado
el arado por la espada,
tomo por ti, patria amada,
la espada en vez del arado.

Parto, y lo escrito, al marchar
con la caña al santo deajo.—
Caña que á mí vino á dar
cuando hallé aquel santo viejo
encima de un viejo altar.

Y he aquí por qué suerte extraña
del rey don Rodrigo, así
ha llegado cetro y caña,
grande el cetro, al rey de España,
y humilde la caña, á mí.

III

A vos, Príncipe y Señor,
desde la cuna rodeado
de todo humano esplendor,

os escribo ésta, sentado
sobre unas hierbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
á un tiempo á heredar los dos,
vos su cetro y yo su caña;
vos el cetro real de España,
yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
el cetro os dará algún día;
la caña, más venturoso,
al menos ¡ay! os daría
en la obscuridad reposo.

Yo, en vez de rey desdichado,
seré un dichoso pastor,
pues ya el mundo me ha enseñado
que, entre el cetro y el cayado,
el cayado es lo mejor.

¡Cuánto seréis bendecido
desde mi humilde rincón,
cuando os lleven perseguido,
la calumnia, si vencido;
si vencéis, la adulación!

Cuando yo ande indiferente
por el monte ó por el llano,
á vos os dirá la gente:
—¡rey débil!—si sois clemente;
si justiciero,—¡tirano!—

¡Cuál será vuestro cuidado,
mientras que todo, Señor,
yo lo olvidaré, olvidado
en mi trono, recostado
de humildes hierbas en flor!

Noble cual vuestra nación,
á vuestra madre imitad,
en cuyo real corazón
se aman justicia y perdón,
se abrazan dicha y verdad.

Y Dios, para bien de España,
de su gracia os dé el tesoro.
Dado en mi pobre cabaña,
yo, el rey de cetro de caña,
á mi rey de cetro de oro.

LXXX

LOS DOS MIEDOS

I

Al comenzar la noche de aquel día,
ella, lejos de mí,
—¿Por qué te acercas tanto?—me decía —
¡Tengo miedo de ti!

II

Y, después que la noche hubo pasado,
dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin ti!

LXXXI

LA VUELTA AL HOGAR

I

Después de un viaje por mar,
volviendo hacia su alquería,
oye Juan con alegría
las campanas del lugar.

II

Llega, y maldice lo incierto
de las venturas humanas,
al saber que las campanas
tocan por su padre á muerto.

LXXXII

Á REY MUERTO, REY PUESTO

El principio de toda tentación es
no ser uno constante...
(KEMPIS, lib. I, cap. XII.)

Murió por ti; su entierro al otro día
pasar desde el balcón juntos miramos,
y, espantados tal vez de tu falsía,
en tu alcoba los dos nos refugiamos.

Cerrabas con terror los ojos bellos;
el *requiescat* se oía. Al verte triste,
yo la trenza besé de tus cabellos,
y—¡Traición! ¡Sacrilegio!—me dijiste.
Seguía el *de profundis*, y gemimos...
El muerto y el terror fueron pasando...
y al ver luego la luz cuando salimos,
—¡Qué vergüenza!—exclamaste suspirando.
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquél sobre la negra trenza!...
¡Después la obscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

LXXXIII

HASTÍO

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
¡Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía!

LXXXIV

LAS DOS COPAS

I

Le dijo á Rosa un doctor:
—Se curan de un modo igual
las dolencias en amor,
en higiene y en moral.
Yo, aunque el método condene,
lo dulce en lo amargo escondo:
esta copa es la que tiene
dulce el borde, amargo el fondo.
Dios, sin duda, así lo quiso,
y esto siempre ha sido y es:
tomar lo amargo es preciso,
bien antes ó bien después.—

II

Rosa luego, de ansia llena,
dice en su amoroso afán:
—Mezclados cual dicha y pena
lo dulce y lo amargo van.

Merced á doctor tan sabio,
ve, aunque tarde, mi razón,
que aquello que es dulce al labio
es amargo al corazón.

Yo, que hasta el postrer retoño
agoté en mi edad primera,
brotar no veré en mi otoño
flores de mi primavera.

Fuí dejando, por mejor,
lo amargo para el final,
y esto, según el doctor,
sabe bien, mas sienta mal.

Cumpliré una vez su encargo:
tú, copa segunda, ven,
pues tomar antes lo amargo,
si sabe mal, sienta bien.

¡Oh, cuán sabio es el doctor
que cura de un modo igual
las dolencias en amor,
en higiene y en moral!

LXXXV

MAL DE MUCHAS

—¿Qué mal, doctor, la arrebató la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió—dijo el doctor—de una caída.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.

LXXXVI

BODAS CELESTES

Te vi una sola vez, sólo un momento;
mas lo que hace la brisa con las palmas
lo hace en nosotros dos el pensamiento;
y así son, aunque ausentes, nuestras almas
dos palmeras casadas por el viento.

LXXXVII

LAS DOS ESPOSAS

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día
casándose con Blas,
—¡Oh, qué esposo tan bello!—se decía.
¡Pero el mío lo es más!—

Luego en la esposa del mortal miraba
la risa del amor,
y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
la esposa del Señor!

LXXXVIII

CONVERSIONES

Brotó un día en Rosaura el sentimiento
de su primer amor, y en el momento
volando un ángel, con fervor divino,
para guiarla al bien del cielo vino,
mientras un diablo del infierno, ardiendo,
para arrastrarla al mal, llegó corriendo.

Ante Rosaura bella,
ángel y diablo, enamorados de ella,
divinizado el diablo se hizo bueno,
y el ángel se impregnó de amor terreno;
y al ser transfigurados de ese modo
por voluntad del que lo puede todo,
fué el ángel al infierno condenado,
y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
mujer que con mirar salva ó condena?

LXXXIX

MEMORIAS DE UN SACRISTÁN

I

Dos de abril.—Un bautizo.—¡Hermoso día!
El nacido es mujer; sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordán su sien rocía;
todos se ríen, y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

II

A unirse vienen dos, de amor perdidos.
El novio es muy galán, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos: primas de él y primos de ella.

En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
un primo á la mujer, y él á una prima.

III

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? ¡Todo es incierto!
Solos estamos sacristán y cura,
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

XC

EL ANÓNIMO

Sobre la tumba de ella escribió un día:
«¡Por darte vida á ti, me mataría!»
Y al otro día, por autor incierto,
con lápiz al final se vió añadido:
«Si ella hubiese vivido,
ya de hastío tal vez la hubieras muerto.»

XCI

NUEVO TÁNTALO

Hay un rincón maldito en el infierno
desde el que, en vaga y celestial penumbra,
para aumentar el sufrimiento eterno
otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
la hermosa luz de tu semblante alumbraba,
si es mirarse en tus ojos retratado
hacerle ver el cielo á un condenado?

XCII

EL ALMEZ

I

Junto á este mismo almez, á *Rosa* un día
hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
de mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
esclavo de otra fe, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
mas no pasa el amor.

II

Otro día, á *Rosaura* encantadora
al pie del mismo almez juré lo mismo
y recuerdo que entonces, como ahora,
cantaba un ruiseñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
vinieron á cantar á otra hermosura;
porque se van amados y amadores,
pero queda el amor.

III

Después, al pie de este árbol, he sentido,
extático mirando á *Rosalía*,
momentos de emoción, en que he perdido
para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,
si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí, que es siempre, siendo otros los amantes,
uno mismo el amor!

IV

Almez, á cuyo pie tanto he adorado,
de amores que aun vendrán, altar querido,
que enciendes, recordando mi pasado,
de mi sangre el ardor...
tú morirás, cual muere nuestra llama,
y otro árbol nacerá de tu semilla,
porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
es eterno el amor.

V

Y cuando el mundo, al fin, sea extinguido
y se oiga en las regiones estrellada:
del orbe entero el último crujido
en inmenso fragor,
Dios, de nuevo la nada bendiciendo,
de ella hará otros almececes y otros mundos,
é irá un hervor universal diciendo:
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...

XCIII

¡ASÍ!

I

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡Muero abrasada!
¡No me mires así!

II

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes
ya no se clavan con ardor en mí.
Si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien: *¡así!*

XCIV

EL ALMA EN VENTA

Así con Satanás Julio habló un día:
—¿Quieres comprarme el alma?—Vale poco.
—Tan sólo por un beso la daría.
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—¿La compras?—No.—¿Por qué?—Porque ya es mía.

XCV

EL OJO DE LA LLAVE

No te ocupes en cosas ajenas ni
te entrometas en las cosas de los
mayores.

(KEMPIS, lib. XI, cap. I.)

I

Á LOS QUINCE AÑOS

Dos hablan dentro muy quedo;
Rosa, que á espiar comienza,
oye lo que le da miedo,
ve lo que le da vergüenza.
Pues ¿que hará que así la espanta
su amiga, á quien cree una santa?
No sé qué le da sonrojo,
mas... debe ver algo grave
por el ojo,
por el ojo de la llave.

El corazón se le salta
cuando oye hablar, y después
mira... mira... y casi falta
la tierra bajo sus pies.
¡Ay! Si ya á vuestra inocencia
no desfloró la experiencia,
no miréis por el anteojo
del rayo de luz que cabe
por el ojo,
por el ojo de la llave.

Desde que á mirar empieza,
de un volcán la ebullición
sube á encender su cabeza,
va á inflamar su corazón.
Claro: el ser que piensa y siente,
siempre, cual ella, en la frente
tendrá del pudor el rojo
cuando de mirar acabe
por el ojo,
por el ojo de la llave.

De aquel anteojo á merced
mira más... y más... y más...
y luego siente esa sed

que no se apaga jamás.
 Mas ¿qué ve tras de la puerta
 que tanto su sed despierta?
 ¿Qué? Que, á pesar del cerrojo,
 ve de la vida la clave
 por el ojo,
 por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,
 ve caer su ingenuidad
 la barrera que separa
 la ilusión de la verdad.
 Pero ¿qué ha visto, señor?
 Yo sólo diré al lector,
 que no hallará más que enojo
 todo el que la vista clave
 por el ojo,
 por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando
 que habla un hombre á una mujer,
 y van su cuerpo inundando
 oleadas de placer.
 Su amiga, de gracia llena,
 ¿no es muy buena? ¡ah! ¡sí, muy buena!...
 pero ¿hay alguien cuyo arrojito
 de ser mirado se alabe
 por el ojo,
 por el ojo de la llave?

II

Á LOS TREINTA AÑOS

Mas, quince años después, Rosa ya sabe
 con ciencia hartó precoz,
 que el mirar por el ojo de la llave
 es un crimen atroz.

Una noche de abril, á un hombre espera:
 la humedad y el calor
 siempre son en la ardiente primavera
 cómplices del amor.

Húmeda noche tras caliente día...
 Rosa aguarda febril.
 ¡Cuánta virtud sobre la tierra habría
 si no fuera el abril!

Y como ella ya sabe lo que sabe,
 después que el hombre entró,
 de hacia el frente del ojo de la llave
 cual de un espectro huyó.

Y cuando al lado de él, junto á él sentada,
 en mudo frenesí
 se hablan ambos de amor sin decir nada,
 Rosa prorrumpe así:

—¿El ojo de la llave está cerrado?
 ¡Ay, hija de mi amor!
 Si ella mirase, como yo he mirado...
 Voy á cerrar mejor.

XCVI

MIS LECTURAS

Después de Job, para templar mi enojo
 leo cantos de Byron con ardor;
 pero, espantado de los dos, arrojó,
 si á Job con pena, á Byron con horror.

Entre un vil muladar y un negro infierno,
 me quita éste la fe, y aquél la calma;
 y al fin, entre el antiguo y el moderno,
 prefiero el Job del cuerpo al Job del alma.

XCVII

CUANDO PITOS FLAUTAS...

Nunca de joven, mi bien,
 me diste á besar tu mano,
 y hoy me besan, siendo anciano,
 tus nietas cuando me ven.
 Las mandas besar á quien
 tú no has besado jamás,
 porque humillándome vas,
 por medios de astucia llenos,
 joven... por carta de menos,
 viejo... por carta de más.